

¿Para qué servían (sirven) las prácticas y pautas de crianza tradicionales?

María Cristina Tenorio

Para escribir el libro de *Pautas y Prácticas de Crianza en familias Colombianas*¹ y dar cuenta de los resultados de las 23 investigaciones realizadas en todo el país, me fue necesario leer y analizar en todo detalle las peculiaridades de la crianza en corregimientos, resguardos y barrios marginales de más de 90 municipios. Lo interesante de este ejercicio no consistió en conocer costumbres curiosas o extrañas, que nosotras las mujeres modernas nunca practicamos, sino en hallar algo que podría resultarnos de una inmensa utilidad. Al analizar y reflexionar sobre las creencias, los rituales, las ideas transmitidas de abuelas a madres, y las prácticas efectivas con los niños en familias pobres colombianas, lo que surgió en mí no fue la risa o la molestia frente a la pervivencia de tradiciones pasadas de moda, sino la admiración ante el profundo sentido de protección de la madre y el niño, y de inclusión en la comunidad, que todas estas pautas y prácticas tenían.

Atendiendo a la solicitud de transmitir a ustedes hoy los hallazgos de estas investigaciones, pienso que lo mejor que puedo hacer es compartirles lo que he podido comprender del sentido implícito de algunas de estas prácticas, y ayudarles a reconocer en ellas la sabiduría de nuestros pueblos. La existencia de nuevos conocimientos médicos, psicológicos, pedagógicos, nos lleva con frecuencia a considerar que las formas de vida de nuestros abuelos y de las personas con bajo nivel educativo deben desaparecer, y ser reemplazadas por pautas modernas fundadas en la ciencia y no en la superstición. La modernidad en la crianza ha demostrado que no sólo desaparece la mortalidad infantil sino que los niños crecen con mayores posibilidades, en la medida en que sus padres y cuidadores conocen los momentos apropiados para promover sus ventanas de desarrollo. No obstante, cada tipo de crianza obedece a condicio-

¹ Publicado por el Ministerio de Educación y la OEA, Bogotá, mayo del 2000.

nes particulares de vida y no sólo a ideas. Ser moderno exige una economía moderna y boyante; la modernidad en la miseria no es posible.

Desafortunadamente cambiar las formas de vida de los pueblos no es tan fácil. La familia campesina que emigra o es desplazada a la ciudad no se vuelve moderna por vivir en un centro urbano. En primer lugar, porque para ser moderno hay que tener por lo menos las necesidades básicas satisfechas; es decir, que p. ej. acudir a servicios médicos en lugar de curanderos exige pagar costos que no están al alcance de familias que no reciben ni el salario mínimo; o atender y cuidar con esmero a los pequeñitos exige que la madre no tenga que salir a trabajar todos los días para poder alimentar a sus hijos. En segundo lugar, porque el cambio en las mentalidades es lento y difícil, ya que las creencias no son ideas sueltas que se pueden reemplazar, sino que hacen parte de un sistema complejo en que cambiar una idea modifica y cuestiona todo el sistema.

Los viejos produjeron formas de criar a las nuevas generaciones con medios sencillos, usando sus propios recursos, tanto naturales como sociales. Conocían las hierbas y productos naturales que aliviaban dolores y tensiones; sabían de qué fenómenos de la naturaleza protegerse. Pero también sabían que los seres humanos requerimos sentirnos parte de un grupo y que todo niño debe ser integrado a su comunidad y formado en las normas y creencias de ésta, para que al convertirse en adulto pueda convivir y producir de acuerdo con lo pautado. Con esto quiero señalar que en las recetas y consejos de crianza tradicionales hay ideas y prácticas que pueden ser utilizadas hoy en día con dos beneficios:

- Permitir que formas de tradicionales de alimentación y de cuidado de la salud perduren si están más al alcance de nuestras comunidades pobres;
- Realzar la importancia de la integración de los niños a la comunidad, mejorar los sistemas de socialización – tan deteriorados en nuestros campos y sobretodo en los barrios marginales – para que las nuevas generaciones no solamente reciban estimulación precoz, sino que se fortalezca su formación moral y social como sí se sabía hacer antaño.

La eficacia simbólica

Las prácticas tradicionales, fundadas en creencias compartidas, reforzaban en los adultos encargados de la crianza la identidad sociocultural, la pertenencia, la seguridad y con ello hacían que estas personas se sintieran más tranquilas y seguras al ejecutar sus funciones de crianza. Las acciones realizadas siguiendo el modelo cultural aceptado y compartido estaban así investidas de un significado simbólico.

Mientras las prácticas modernas están revestidas de eficacia real – la vacuna es elaborada de acuerdo con principios que garantizan la inoculación contra el virus – las prácticas tradicionales estaban revestidas de eficacia simbólica. Estar protegido por un rezo o una bendición no introduce en el organismo defensas naturales contra peligros biológicos, pero en cambio produce en el cuerpo un fortalecimiento de las defensas psicológicas contra los agentes que enferman, lo que lleva a este cuerpo a defenderse mejor. Hoy en día se sabe que la eficacia de la palabra, la eficacia simbólica, produce modificaciones en el funcionamiento corporal; lo cual vuelve al cuerpo más vulnerable o más protegido.

Cuando un bebé recién nacido es ombligado con “contras” lo que está en juego es fundamentalmente el espíritu de protección de los suyos, el establecimiento de un cerco protector por parte de los adultos, quienes lo cuidarán mientras sea indefenso para que esté a salvo de peligros. De la misma manera cuando se enseña a una niña a rezar para protegerse de la “madre monte”, la protección radica en la conexión espiritual que la niña establece con las creencias de sus padres, su anhelo de cumplir lo que ellos le pidieron (no salir a jugar en el monte, quedarse en la casa haciendo oficio y rezar si le vienen malas ideas). Un niño que ha cumplido lo prescrito y lo mandado por sus mayores se siente más seguro para luchar contra fuerzas adversas o peligrosas. La bendición del papá o la mamá no impiden los riesgos de la calle pero sí dan al menor una mayor fortaleza para enfrentarse a ellos. En eso radica su eficacia simbólica.



Retomemos de una manera rápida algunos de los hallazgos de las investigaciones sobre crianza en Colombia para resaltar su sentido implícito

1. Cuidados relativos al embarazo

El sistema tradicional de protección de la salud proporciona prácticas basadas en creencias ancestrales que tranquilizan a la embarazada respecto a sus temores sobre el hijo por nacer; prácticas que le exigen cuidarse en un medio difícil en que los trabajos físicos son pesados y ella no cuenta con ayudas. “*En la comunidad Arara en Vaupés, la joven indígena embarazada sigue trabajando en la chagra, pero en sus momentos de descanso se palpa la parte baja del vientre y le habla al bebé*”.

Existen prohibiciones de comidas asociadas con influencias negativas sobre el bebé, que si bien no están necesariamente ligadas a sustancias tóxicas o dañinas, brindan a la madre tranquilidad de no hacer lo que pueda dañar al feto o perjudicarla en el parto. Muchas de estas prohibiciones son inocuas

desde el punto de vista físico, pero dan a la madre seguridad frente a la ansiedad de los riesgos que el embarazo y el parto la hacen correr.

En el Huila, las mujeres campesinas embarazadas evitan bañarse en el río, recibir vientos de lluvia y serenarse; el sereno les produciría mucho dolor de cabeza y la mujer se volvería loca.

2. Parto

Creencias y prácticas de tipo mágico que propician un buen parto. *En el momento del parto, se debe desamarrar todo lo que esté amarrado o anudado, nadie puede sentarse a la entrada de las puertas entabando la salida...* En sí, seguir estas prescripciones no cambia la posición del bebé o su facilidad para salir, pero sí hacen sentir a la madre una mayor confianza en quien dirige su parto; se tensiona menos, y su parto puede facilitarse. A este respecto, todo aquello que brinde confianza a la parturienta es fundamental. Por esta razón, el parto en la casa con una comadrona bien formada y con experiencia facilita las cosas para mujeres que siempre han vivido rodeadas de su comunidad, que se sienten impotentes y abandonadas en un hospital en el que no conocen a nadie, ni nadie las conoce, en donde todos sus allegados deben permanecer afuera y ella tiene que estar sola aguantando dolores. Se sabe que el trabajo de parto se facilita si la relación con quien ayuda al parto es positiva, si se le tiene confianza, si la persona se siente bien en sus manos. Los partos hospitalarios no son más fáciles que los partos en las casa; prueba de ellos es que cada vez son más escasos los partos naturales y más frecuentes las cesáreas.

Enterrar la placenta o el cordón umbilical en un sitio prefijado, no hace daño a nadie y en cambio da seguridad a quien piensa que de esa manera aleja males y maleficios, en especial los entuertos, si se la entierra en un lugar caliente.

Entre los indígenas cubeos (comunidad Arara del Vaupés) el parto se realiza en el patio porque si ocurre dentro de la casa esto le traería muchos problemas a la familia y a la comunidad. Generalmente lo atiende la suegra u otra mujer mayor. Para cortar las influencias de los espíritus malignos, después del parto el abuelo o el padre realizan soplos, rezos del payé. La mujer que atiende el parto coge la placenta y la entierra en el patio. Durante el parto le tiene miedo al güío: *“Si la mujer muere durante el parto se cree que alguna vez tuvo amores con el güío y él vino a buscar a su hijo; al ver que su hijo es una persona se pone celoso y mata a la madre”*. Si un niño nace con malformaciones se lo deja morir en el mismo lugar donde nació. Los primeros días después del parto la madre no ingiere ningún alimento, y cuando lo hace debe ser soplado por el payé. La dieta del padre dura 15 días. Cuando va a salir al monte debe ser de nuevo soplado y rezado para prevenir su muerte *“por cada caída de palo, por ataque del güío o del tigre, o que lo asuste el curupira”*. Si le ocurre cualquiera de estas cosas el hijo recién nacido muere.

Este ejemplo permite comprender que las prácticas de crianza no son actividades casuales y arbitrarias sino que están hondamente impregnadas de la cosmovisión de aquellos que las practican. Efectivamente es necesario hacer una lectura de todo este fragmento con relación al contexto en que viven los indígenas de las selvas. Ellos son parte de la naturaleza y deben estar en paz con ella, guardar las prohibiciones que separan y ligan a hombres y animales, hacer los rituales que purifican luego de haber alumbrado una nueva vida; padre y madre han procreado al niño y por ello ambos deben prevenirse de las envidias y los ataques que los acechan. Por otra parte, no pueden dejar vivir a un bebé con malformaciones, pues es un ser que cuando crezca no podrá valerse por sí mismo, en una selva que exige que cada cual gane su magro sustento con mucho esfuerzo. Las diversas explicaciones míticas que culpan a los animales crueles de sus tristezas – muerte de la madre, muerte del bebé -, evitan culpabilizar a quien ayudó en el parto, o culpar a la vida.

En un contexto muy diferente, las selvas del Chocó, la presencia de las mujeres de la familia y amigas en torno a la parturienta la reaseguran; ellas saben cómo cuidarla y la ayudarán para que el parto finalice bien. El ritual de compartir enseguida del alumbramiento un trago preparado para la ocasión – el “viche” - la integra nuevamente a la comunidad. Igualmente en Buenaventura, en los días siguientes al parto, la parturienta deberá tomar tragos de viche y compartirlos con quienes vienen a visitarla

3. Cuidados relativos al puerperio

Las madres recién paridas, gracias a la cuarentena y prácticas similares, logran ayuda y cuidados que de otra manera no tendrían: mejor alimentación, para estar más sanas y nutridas para alimentar al bebé; un ambiente de intimidad con el recién nacido quien así tenía a la mamá completamente para él; no estar expuestas a un trabajo duro y extenuante. Al terminar la cuarentena, un ritual “sanaba y curaba su cuerpo” luego del trabajo del parto y el asilamiento ritual: los baños de hierbas al sol, el chocolate fortalecedor. En el campo, en los casos en que se cuenta con ayuda familiar, estos rituales perduran, aunque nadie guarda 40 días; en la ciudad, la mujer pobre no tiene cómo permitirse el lujo de no seguir atendiendo las faenas de la casa.

En el Huila, las madres campesinas embarazadas, además de preparar las ropas para el bebé por nacer, elaboran “amasijos”, chocolate empastillado y comienzan a criar los pollos para la dieta.

4. Integración del bebé a la comunidad

Apenas el bebé nace se manda llamar a los padrinos quienes han sido escogidos con anterioridad por la pareja; entrados los padrinos cortan el ombligo del niño, se realiza un ritual corto (bautizo) que lo inscribe en su clan, ya sea de animales de plumas o terrestres, de acuerdo con el clan al que pertenezca el padre. Se establecen los vínculos de compromiso entre los compadres. (Indígenas Ticunas)

El festejo y anuncio inmediato del nacimiento – por ejemplo mediante disparos de escopeta al aire, en las aldeas del bajo San Juan – señala que un nuevo miembro ha nacido a la comunidad y alegra a los vecinos quienes saben que ese niño no es ajeno sino de todos.

En las horas siguientes al parto las otras madres que están criando, van y alimentan al bebé recién nacido: ‘el niño recibe el seno de otras madres, mientras su mamá recupera líquido en el seno’. (Ticunas).

Otros rituales de bautizo insertan en el endogrupo: en el Huila y el Chocó se le nombra padrino o madrina de uñas – alguien reconocido y valorado por todos, y en todas las comunidades existen distintos rituales para festejar el bautizo; los padrinos de bautizo deben ser elegidos por sus cualidades como miembros respetados en la comunidad, o por las posibilidades que ofrecen de ayudar al ahijado y a los compadres más adelante.

5. Rituales y prácticas de protección del bebé.

Un bebé recién nacido y sin bautizar no se debe dejar solo sin protección porque se lo llevan la tunda, la madre monte o los duendes. Esta creencia típica de sectores rurales (Costa Pacífica, sector cafetero) garantiza que los bebés estén acompañados. Cuando los niños crecen deben igualmente protegerse de estos malos espíritus que los engañan y los jalan al monte; en tal caso la misma protección funciona: rezar y no alejarse de la casa. Esto garantiza que los niños no corran peligros cuando sus papás deben dejarlos solos mientras salen a trabajar.

Igualmente, en muchas regiones de Colombia se cuida al bebé de las envidias, el ojo fuerte que enferma. Un niño muy lindo o muy sanito despier-ta la envidia y esto lo hace víctima del “mal de ojo”. Se buscan “aseguranzas” - pulseras de chaquiras - que dan cuenta del deseo de protección contra enfermedades típicas de los bebés. Este tipo de creencia en que la envidia hace daño corresponde a las vivencias de los pueblos pequeños en los cuales se forman alianzas muy fuertes entre familias amigas y familias rivales, personas conocidas de las que no se espera ningún mal, y extraños portadores de malos deseos.

Por lo general las madres que tienen acceso a centros de salud, combinan estas medidas protectoras tradicionales con las vacunas y controles al

recién nacido; pero si el centro de salud es muy lejano y el viaje resulta costoso y difícil (pues no tienen con quién dejar los otros hijos), las madres acuden a rezos y hierbas tradicionales. Muchas de estas son hierbas adecuadas que calman las dolencias; el problema se presenta cuando hay una infección. Por lo general se encontró que las madres no rechazan las vacunas y cuidados médicos de los pequeños sino que muchas veces no pueden costearlos.

Varias de las dolencias de los bebés descritas por las madres indican que para ellas, éste sintoniza con el mundo y los sentimientos de los adultos y que su enfermedad es una reacción a la preocupación materna. Así, los niños deben ser apartados de los muertos, porque si no, les da “enfermedad del hielo”; y los padres que se la juegan a la madre con otra mujer ocasionan que el bebé sufra de “enchuchao”. (Emberas de Riosucio).

Una creencia encontrada en Buenaventura parece funcionar como una medida protectora para que la madre no se apegue mucho al bebé y sufra con su muerte (en medios en los que la mortalidad infantil sigue existiendo). Se trata del “ojo de pasión”, enfermedad del bebé causada por el exceso de inclinación de la madre por su bebé.

6. Amamantamiento y destete

Sigue siendo una práctica prevalente en el campo, y se prolonga por un año o más; se la utiliza en muchos casos como medida de espaciamiento de los hijos. A nivel urbano, en algunos sectores, especialmente afros (zona marginal de Buenaventura y Cali) es frecuente que el genitor reconozca ante la madre que ese hijo es suyo ofreciéndole ocasionalmente un tarrito de leche Klim, con lo cual ésta merma la lactancia. Por otra parte, las malas condiciones de alimentación de madres ciudadanas marginales no favorecen la lactancia, y como por lo demás, la mayoría debe separarse pronto del bebé para trabajar en oficios varios, la lactancia, cuando se da, no puede prolongarse.

En el campo, en cambio, si la madre tiene apoyo para retrasar el retorno a las labores duras, el amamantamiento constituye un momento privilegiado de unión madre-bebé y de moldeamiento del carácter de este gracias a los cuidados maternos:

En Algeciras y Garzón (Huila), las madres amamantan a los bebés al menos un año. Durante el día, para que duerma, lo mecen en una hamaca, silla o cuna o la madre le da el seno. Cargan a los bebés, les tararean o cantan canciones de cuna y los pasean. La madre permanece con el bebé para darle de comer y cuando descansa. Lo baña con agua tibia y jabón suave, le conversa y lo acaricia. Cuando llora, revisa que no tenga nada, lo deja en su cuna, o le hace una caricia. Con el tiempo, debe volverse duro y fuerte y no llorar por capricho.

Entre los indígenas paeces del resguardo de Planadas (Tolima), niños y niñas toman el pecho hasta los dos años – en ocasiones hasta los 3. En ese tiempo la

madre no se separa de ellos; los mecen en su seno o en la hamaca, o los portan en la espalda, atendiéndolos con solicitud cada vez que lloran.

El destete se hace de distintas formas. En algunos casos se da un destete abrupto. En Boyacá la madre se unta sábila, ají o se pone un trapo negro que asuste al niño. En Chocó, la madre se aleja de la casa por unos días para que el niño no la sienta y se acostumbre a que ya no está.

7. Lugar del niño

En las comunidades tradicionales el bebé es acostumbrado a no tener un lugar demasiado destacado en la atención de los demás. Los mayores celebran sus gracias, juegan con él y lo cuidan con esmero pero él/ella no ocupa el centro de la atención general, ni es objeto continuo de cuidados y mimos. Ya veíamos con las madres campesinas del Huila que si bien se estaba atento a sus lloros, si se veía que al bebé no le pasaba nada, lo calmaban pero dejándolo en su cuna; nadie quiere en el campo un bebé demandante que sólo quiere vivir cargado y que no acepta que la mamá se separe de él ni un momento. Las creencias tradicionales *-No cargarlo porque se vuelve engréido-* hacen parte de este saber que las abuelas transmiten a las jóvenes madres: los bebés a los que se les da gusto en todo son cada vez más exigentes y esto se convierte en una carga difícil para una madre que debe ocuparse de otras faenas distintas a la crianza. Por esta razón, en todas las sociedades tradicionales se considera que la madre debe enseñar a su bebé a ser tranquilo, y a no pedir continuamente actividades. Un bebé que acepte que la madre esté atenta a la conversación con otros adultos mientras él/ella permanece en su regazo, o que no llore ni reclame mientras la mamá hace otros oficios; que se entretenga solo y no pida compañía continuamente.

8. Lenguaje

En las familias tradicionales se cree que los niños pequeños no entienden, por lo cual no se les habla de manera directa ni se hace esfuerzo de enseñarles palabras ni corregirles la manera de pronunciar. Se les nombran los parientes y se recalcan los términos de parentesco para que el niño los distinga, pero no hay afán de que diga los nombres sino de que los reconozca. En cuanto al tipo de lenguaje que se promueve es más de tipo comprensivo: que entienda lo que se le dice, para que se proteja de peligros, para que cumpla lo que se le pide, para que siga órdenes y realice mandados. El lenguaje es funcional: debe servir para que el niño siga las indicaciones del adulto. Es un lenguaje para insertarse en el mundo familiar y en el vecindario, ser útil y colaborador, aceptar lo que los demás le piden y reconocer su interdependencia; él no debe decidir

por sí mismo, pues debe siempre tener en cuenta a los demás. Cuando ya esté más grande aprenderá por sí mismo cómo sirve el lenguaje para comunicarse con los demás, para narrar historias, para contar cuentos, etc.

En las familias modernas, la madre aprende desde el embarazo que debe hablarle al bebé en su vientre pues éste ya oye y reconoce su voz. Se instaura así muy tempranamente una relación de diálogo, en que la madre toma al bebé por un sujeto que escucha y comprende y que se recrea con la voz de la madre. A partir de allí, tanto ella como el padre se dedican a enseñarle a hablar, a tomarlo como interlocutor, a nombrarle todos los objetos que lo rodean. Hay un marcado interés en que el niño sea capaz de dar cuenta de mediante el lenguaje de sus ideas, sentimientos y deseos. El lenguaje le permite afirmarse como un sujeto autónomo que decide por sí mismo y en función de su bien.

9. Socialización

Una vez el bebé crece y ya no depende del cuidado permanente de la madre, se refuerza el proceso de integración a la comunidad, proceso en el cual él/ella será un sujeto activo; es decir, ya no se trata de rituales que vive pasivamente, sino que el pequeño aprende cómo relacionarse con los demás.

Mientras el bebé moderno ciudadano está ocupado, atendiendo a juguetes y juegos educativos que lo estimulan, aprendiendo los nombres de objetos que su mamá y papá le muestran en libros para bebés, el bebé tradicional está mirando los animales del campo, aprendiendo los nombres de todos los parientes y vecinos que circulan por su casa y su patio. El primero seguramente desarrollará más la inteligencia tecnológica, el segundo la inteligencia social. Este punto es muy importante porque a veces los psicólogos hemos recalcado tanto la importancia de estimular al niño, de desarrollar su inteligencia para el manejo y manipulación de objetos que nos hemos olvidado de destacar la importancia del desarrollo de la inteligencia social, que nuestros antepasados sí sabían promover.

Se ha descubierto que los niños que se crían solos con la mamá en una casita o apartamento de la ciudad, sin mayor contacto con otros adultos ni con el mundo real circundante (es decir, no el mundo virtual de la televisión) son niños que desarrollan más sus habilidades para relacionarse con objetos (manipularlos, encajarlos, aprender cómo son y cómo funcionan) pero desarrollan mucho menos sus habilidades para relacionarse con las personas: son más bien huraños, dependientes de la presencia de la madre, no circulan ni se relacionan fácilmente con otros adultos del medio – les resulta doloroso adaptarse al hogar comunitario o al jardín infantil.

Es decir, que si enseñamos a las madres a centrarse solamente en la estimulación cognitiva y motriz y no tomamos en cuenta cómo se lograba en las

familias tradicionales el desarrollo de la inteligencia social, estamos desde los dos primeros años de vida criando niños que tendrán dificultades de relación social.

10. Hogares Comunitarios

Desafortunadamente la gran mayoría de las investigaciones del MEN se centró en las pautas familiares y no tomó en cuenta que nuestros niños desde muy pequeños reparten su tiempo entre la familia y el jardín u hogar comunitario. Esta situación me dificulta describir para comunidades muy diversas cómo se está haciendo la socialización en estos dos ambientes de los pequeños. Me centraré por tanto en las dos comunidades que nosotros investigamos en el Valle del Cauca, en las cuales se hicieron observaciones de los chiquitos en ambos contextos.

El Tiple:

En esta comunidad los niños desde pequeñitos son reconocidos por la familia a la cual pertenecen: el hijo de fulano, el nieto de mengana; su identidad se define con relación a las familias conocidas de todos, y por ello mismo su manera de ser se evalúa e interpreta con respecto a los modelos de su casa: es igual al taita, tiene el mismo genio, tan educado como la abuela, es vivo como el hermano, etc. Todos estos juicios le reconocen como miembro de un grupo y le señalan que debe adquirir los buenos comportamientos por los cuales este grupo familiar es reconocido y aceptado. Así, lo que se busca no es la originalidad y que cada uno sea totalmente diferente, sino más bien que adopte los rasgos sociales que identifican a su familia.

Las madres insisten a sus niños para que sean educados: saluden a todos, den las gracias, pidan permiso, soliciten los favores. Estas conductas son exigidas desde muy temprano y los niños saben que no obtendrán lo que quieren exigiendo perentoria-mente o de mal manera.

Una vez está grandecito – dos y medio a tres años – empieza a asistir al hogar comunitario. Los hay de dos tipos:

a. Los que dan continuidad a las prácticas tradicionales. El hogar funciona en un salón amplio que abre sus puertas al solar, donde hay frutales, prado, un arenero. En ellos mujeres de la comunidad atienden básicamente niños de su familia y de sus vecinos y los tratan como antaño se trataba a los niños: juegan en los solares, bailan y se divierten, los más grandes ayudan y dan de comer o limpian a los más pequeños, se les cuentan cuentos, aprenden rondas y canciones. Se los vigila y se les enseña pero no de manera escolarizada, sino más bien a través del juego; lo que más interesa es que se integren, que aprendan a jugar compartiendo y sin pelearse, que los grandes sean responsables de

los pequeños.

b. Los que siguen el esquema del pre-escolar. Los pequeñitos uniformados permanecen muy bien sentados en asienticos frente a mesas para 4 en las que realizan ejercicios escolares, tienen cuadernos, hacen planas. Este segundo tipo de hogar, que recibe premios de Bienestar familiar por lo bien organizado, es valorado por los padres que quieren que sus niños se preparen desde muy chiquitos para la escuela. Las madres comunitarias que dirigen este tipo de hogares se preocupan por volver a los niños disciplinados y ordenados, que cuiden sus cuadernos, que no dañen los materiales. El énfasis se hace en la producción personal: hacer bien lo que se pide y cumplir las recomendaciones de la madre-profesora. Es decir, que se da más valor a adquirir los rasgos de conducta típicos de la escuela y no los rasgos sociales típicos de la comunidad.

En Cascajal

Los hogares funcionan en las típicas casas del barrio, construidas en tablas o ladrillo sin repello. No tienen espacios interiores ni exteriores que sirvan para que los niños se recreen; sólo existe el salón donde permanecen todo el tiempo. Están bien dotados con asienticos y mesas de plástico, y juguetes colgados en lo alto; pero curiosamente los niños comen en el suelo y los juguetes permanecen colgados. No hay actividades escolarizadas pero tampoco vimos actividades de juego y diversión; parecería que el tiempo se dedica fundamentalmente a cuidar a los niños, mantenerlos limpios, darles de comer y tenerlos protegidos mientras sus padres llegan por ellos. Es muy frecuente que los padres no cumplan con los horarios y dejen a los chiquitos varias horas después del horario convenido; igualmente ocurre que no paguen el valor del servicio. El hogar funciona más como una guardería que mantiene a los niños protegidos de peligros y los alimenta; las madres comunitarias se quejan de que las familias usan el hogar para desentenderse de sus obligaciones y responsabilidades, pues las madres a veces están jugando bingo o parqués, o de visita donde amigas. Como en este barrio la escolaridad no es valorada por los padres – nadie cree que valga la pena estudiar para salir adelante - el hogar comunitario no es visto como una preparación a la escolaridad; pero como, por otra parte, la socialización se hace en la calle, las madres no piensan que en el hogar los niños se socialicen de una mejor manera; por esto lo viven como una ayuda que las libera del cuidado continuo de los pequeños y de tener que rebuscarse con qué darles de comer.

11.La escuela de la calle y de la Comunidad

El Tiple es una comunidad donde las relaciones sociales que ligan a unos con

otros son aún muy fuertes. Es un corregimiento pequeño donde todos se conocen desde el surgimiento del pueblo hace unos 100 años. Los valores de los mayores, que los adultos de hoy en día quieren conservar, eran fundamentalmente el respeto por los demás, la honradez, la solidaridad, el acatamiento a la autoridad. Por eso, en El Tiple los adultos aún se preocupan por corregir a los niños pequeños que se comportan mal, aunque no sean sus hijos “*Le voy a decir a tu papá lo que estabas haciendo*”. Es decir, los adultos consideran que los niños son un bien de todos y todos son responsables de su formación. Saben que la calidad de vida de la comunidad depende de que los pequeños logren interiorizar los valores que para ellos son valiosos. Por esa razón, cuando crecen se les promueve la participación en actividades grupales, bien sea con niños de su edad - comitivas que imitan las “gerencias” de sus papás – o en fiestas familiares donde grandes y pequeños se recrean de manera festiva pero pacífica: por ejemplo se sacan varias mesas a la calle, se forma una gran mesa, se prende el equipo de sonido y todos comen y comparten. Con los niños más grandes forman grupos de “civilitos” para que desde pequeños aprendan a servir a la comunidad.

En El Tiple no hay policía; los asuntos se resuelven por las buenas entre vecinos; hay sí una inspección que funciona como autoridad, y que en un pasado no muy lejano vigilaba las buenas costumbres e imponía sanciones a los que las infringían. Así, el hijo rebelde era llevado donde el inspector, quien le imponía cumplir una tarea en beneficio de todos. Hoy en día, los jóvenes ya no aceptan este tipo de castigos y cuestionan la autoridad de los viejos, pues la influencia de la televisión y de las barras, que algunos frecuentan en Cali, les ha minado la relación de respeto y acatamiento a la palabra de los mayores.

Cascajal

En Cascajal hay relaciones de familia, hay relaciones de vecinos, pero no hay vida de comunidad. Las relaciones entre los habitantes del barrio son tensas, conflictivas y es muy fácil que se pase a la agresión física o simbólica. Cualquier situación – una mirada, un comentario – desata conflictos y peleas. Las grescas callejeras entre hombres o entre mujeres o entre muchachos son continuas y hacen parte de la vida diaria. De la misma manera, las relaciones de pareja y de familia están marcadas por la tensión y la violencia; es frecuente que entre compañeros haya violencia física: hombre y mujer se agreden con cuchillos, piedras, o cualquier objeto que se encuentre a la mano. Estas tensiones dan lugar o bien a denuncias en la Comisaría o en la Inspección de Policía, o se resuelven mediante hechizos para vengarse del enemigo; también hay venganzas en que el agraviado contrata a otro para que golpee a quien le hizo mal. Las denuncias ante la policía no implican someterse a la autoridad. De hecho los habitantes de estos barrios no reconocen autoridad ni a la poli-

cía – estos deben venir en grupo para imponerse ante los que pelean - ni a los inspectores o comisarios; sólo se someten ante la amenaza de multa o encarcelamiento.

¿Cómo se da la socialización de los niños en este medio? Los niños aprenden rápidamente que las relaciones sociales son relaciones de rivalidad, donde el más vivo debe agredir de primero. Desde muy niños aprenden a insultar, gritar groserías, amenazar. En casa, el papá se divierte enseñándoles desde muy pequeños a repetir groserías. La mamá les grita palabras soeces y amenazas para tratar de someterlos a su voluntad. Los niños aprenden a revirar y a su vez amenazan con golpear a la mamá – estamos aquí hablando de niños de 2 1/2 a 3 años. No hay en ninguno de los dos – mamá e hijo – una representación de autoridad sino solamente de poder: cada uno trata de ser más fuerte que el otro, o más sagaz. Así crecen niños y niñas con la idea de que salir adelante implica no tener en cuenta a los mayores, ni sus ideas.

Las niñas viven como “cantaleta” las advertencias de sus mamás: *“Ella nunca quiso saber yo qué sentía ni qué pensaba; sólo me cantaleteaba y gritaba; yo por eso no le hago caso cuando ella me dice que estoy haciendo las cosas mal. Ella no sabe ser mamá”*. Dice una joven sobre por qué no oyó los consejos de su madre ni quiere ahora seguir sus recomendaciones. Esta misma joven quería irse de “italiana” sin ver en ello algo moralmente cuestionable; como tampoco encuentra social o moralmente indebido el trabajo como mula, ser lancharero transportador de droga, hacer ilegalmente turnos en el muelle. Según lo expresa, lo importante es “coronar” porque después todo mundo en el barrio respeta al que coronó, y se vuelve respetable porque ahora tiene una buena casa, buena blazer, y se viste como un gran señor o señora.

Los niños aprenden rápidamente que el camino del éxito no pasa por el respeto a la autoridad ni el cumplimiento de las leyes sino por la sagacidad y saber aprovechar las oportunidades. Por eso se irán de polizontes – Norteños- o ingresan a bandas que les dan poder para atracar y robar.

En la crianza no hay la idea de que se deba buscar el bien común. Por el contrario, se trata de una economía de subsistencia y en ella lo que cuenta es salir adelante cueste lo que cueste. Los antiguos valores de formación moral y de convivencia social que los bisabuelos de estos muchachos pusieron en práctica para educar a sus hijos en la Costa Pacífica ya no tienen vigencia para sus descendientes. Las condiciones de vida son ahora totalmente distintas y también lo son sus prácticas de crianza. No son modernos pero tampoco son tradicionales. Sus creencias y sus prácticas son contradictorias y paradójicas pues no pueden implementar una crianza moderna – con alto desarrollo cognitivo, autonomía, proyectos que posibiliten el éxito personal, lo cual pasa por una escolaridad prolongada – pero tampoco saben ya educar a sus hijos con las pautas tradicionales – énfasis en desarrollo social y moral, interdependencia, aprendizaje de oficios desde temprana edad al lado de los padres y pocos años de escuela.

La crianza en barrios marginales de las grandes ciudades colombianas tiene mucho en común con lo que he descrito para Cascajal en Buenaventura. ¿Qué relación existe entre los sistemas de vida de las familias y su forma de criar a los hijos? ¿Se logran cambiar las creencias sobre la crianza y sus prácticas si no se cambian las condiciones de vida? ¿Son necesariamente nocivas para el desarrollo de los niños todas las prácticas tradicionales de crianza? ¿Qué nos dicen al respecto las investigaciones sobre la crianza en Colombia?

Por lo general creemos que continuar criando los hijos a comienzos del siglo XXI de una manera tradicional, se debe a ignorancia de los descubrimientos de las ciencias de la salud, la psicología y la educación. Los distintos Ministerios, así como el ICBF, UNICEF y las ONGs hacen esfuerzos por divulgar e implantar una nueva visión de la crianza, que opone los conocimientos científicos sobre el niño a los saberes transmitidos por las abuelas. No obstante, los resultados no siempre son los buscados; parecería que no se tratara simplemente de ignorancia versus conocimiento, sino de dos sistemas de pensar y vivir la vida, de dos sistemas de vivir en comunidad y organizar la familia, de dos cosmovisiones.

En las poblaciones investigadas se encontró que el modo de vida de las familias es determinante del tipo de crianza. Es decir, que el problema no es simplemente de qué ideas tengo yo como madre, sino de: a qué mundo pertenezco, cómo me gano la vida, qué nivel de estudios logré, si tengo o no satisfechas las necesidades básicas, si en mi mundo hay o no acceso fácil a los servicios de salubridad, salud y educación.

La apertura a nuevos modelos de vida y de relación con los hijos, que llegan a través de los medios masivos, en especial la televisión, o de contacto con otras personas, promueve anhelos de otras formas de vivir. Sin embargo, el que estos se conviertan en modelos que se interiorizan y cambian la manera de pensar y de actuar, o solamente en sueños, depende de que se tenga acceso a condiciones que vuelven copiables tales modelos. Por ejemplo, en Candalaria, municipio del Valle del Cauca la Universidad del Valle inició un programa piloto en salud pública en los años 60 que dió lugar a una disminución de la morbilidad y desaparición de la mortalidad infantil, lo que a su vez llevó a las mujeres a aceptar la planificación y disminuir el número de hijos. Estas mismas mujeres, trabajaban por temporadas como empleadas domésticas en casas de clase media y alta de Cali, o en haciendas cercanas, y tuvieron acceso a formas de trato familiar que las cuestionaron. *“Yo veía que la señora les hablaba a los niños y lograba que ellos le obedecieran; en cambio en mi casa yo les gritaba, los amenazaba y los castigaba y ellos eran cada día más rebeldes. Me dije: Voy a copiarla, pues los niños la quieren y le hacen caso”*. Se empieza así un sistema de modificación de prácticas autoritarias poco efectivas – pues los niños de hoy en día no se someten como los de antaño – por un sistema aprendido en la práctica, no de recetas.

Si bien aún tiene muchos problemas con el manejo de la autoridad, estas madres tratan de ser cercanas a sus hijos, de escucharlos y no de someterlos. Sin embargo, en esas mismas casas veían que el estudio era lo mejor que los padres podrían dar a sus hijos; ¿cómo brindar lo mismo, cuando en su corregimiento sólo hay escuela primaria y enviar los hijos al pueblo a estudiar bachillerato no es posible con jornales y entradas mínimas? Estos mismos padres perdieron la tierra de sus abuelos debido a la expansión de los ingenios azucareros: sus hijos no pueden ser campesinos, como ellos aprendieron a serlo, pues ya no hay trabajo para ellos; pero tampoco pueden ser doctores, como sus padres quisieran, porque no pueden costearlo. Los adolescentes permanecen en el parque charlando, unos pocos empiezan a consumir droga; en algunos corregimientos cercanos al estudiado ya empiezan las pandillas. No hay trabajo para ellos ni están formados para ningún oficio.

Vemos así cómo seguir el modelo moderno trae ventajas indudables pero también nuevos problemas. En las sociedades tradicionales la repetición obligaba a cada nueva generación a insertarse en un lugar social prefijado. En las sociedades modernas, en principio, todos podemos ascender socialmente, y no tener el mismo oficio ni lugar social que nuestros padres; sólo que en la realidad cada vez es más difícil acceder a mejores posiciones pues la pobreza aumenta y la escolaridad no garantiza el éxito.



¿Cómo podemos quienes diseñamos o implementamos proyectos para el desarrollo de los niños pequeños tomar en cuenta lo que estas investigaciones nos enseñan? ¿Cómo recuperar el sentido de las prácticas protectoras que sostenían a las madres en su labor de crianza? ¿Cómo modernizar sin quitar lo que funda el mundo social de estas familias, su cosmovisión? ¿Qué modernizar y qué no? ¿Acaso todas las prácticas modernas son mejores y procuran una mejor calidad de vida y de relación a nuestras comunidades?

Estas preguntas las formulo con el ánimo de problematizar lo que siempre hemos visto como una verdad incuestionable. Yo pienso que los nuevos conocimientos sobre la niñez y sobre cómo hacer una crianza que produzca niños más sanos y bien desarrollados intelectual y afectivamente, son de una inmensa utilidad en nuestro trabajo de apoyo a las familias. Sin embargo, pienso que hemos fallado al creer que se podría reemplazar una mentalidad y una sensibilidad tradicional de una manera verbalista, es decir, dando indicaciones, explicaciones y sugiriendo a los padres cómo cambiar su manera de ser y de actuar con los niños. Las pautas y prácticas tradicionales, como traté de explicarles, no eran científicas pero en muchos sentidos eran sabias. Nosotros hemos tratado de reemplazarlas por ideas y prácticas modernas basadas en la ciencia, pero no hemos tenido en cuenta que:

1. *No se pueden cambiar las ideas de una persona o de una comunidad sin cambiar todo su sistema de creencias; por ejemplo, si alguien cree que con magia resuelve sus problemas de relación y de salud no va a suspender su creencia en un aspecto, tal como el cuidado del parto, si en todos los otros aspectos de su vida la magia le proporciona explicaciones y eficacia.*

2. *No podemos desechar alegremente las prácticas de crianza tradicionales si modernamente no sabemos cómo lograr niños con inteligencia social y sentido moral; no basta con que sepamos desarrollar al máximo la inteligencia tecnológica si con ello producimos niños afectivamente frágiles y socialmente “malcriados”.*

3. *No podemos desechar las prácticas familiares tradicionales sin haber aprendido de ellas cómo construían un sentido de colectividad y solidaridad; cómo proveían a los padres de un sentido social a sus relaciones, y cómo contribuían a la construcción de un tejido social sano.*

4. *No se pueden modernizar las ideas de una persona o comunidad si no se moderniza su calidad de vida; es decir, si al tiempo no se le ofrecen servicios a su alcance y de buena calidad de: salubridad, salud (no sólo consulta sino remedios) y escolaridad hasta un nivel que capacite para un oficio.*

5. *No se pueden cambiar las prácticas de las familias en cuanto al trato a los niños si no se les ofrecen modelos con los que se puedan identificar y cuyas prácticas puedan captar e interiorizar. Nadie aprende prácticas a partir de discursos. Se aprende a partir de experiencias, de ver a otros actuando; se aprende de esos otros porque se comprende el sentido de lo que hacen y se aprecian los resultados que producen.*

Antaño, se aprendía *viendo y haciendo*. Las niñas cuidaban a sus hermanitos y al hacerlo copiaban a sus madres. Cuando llegaba el momento de cuidar su propio bebé, ya se tenía experiencia. Pero además, cualquier duda o dificultad se consultaba con las mujeres mayores, y estas venían y ejecutaban ante la madre novata lo que esta no sabía cómo hacer. Por ejemplo, nadie ha aprendido a bañar a un bebé recién nacido siguiendo las instrucciones de un manual. Se aprende viendo a una mujer segura y experta ejecutar los movimientos y gestos adecuados para que el bebé no resbale y disfrute del agua. De la misma manera, las comunidades transmitían de padres a hijos y abuelas a madres las costumbres sobre la crianza; y así, observando a los que sí sabían hacerlo y realizándolo bajo su guía, se aprendía cómo educar a los niños para que se convirtieran en el tipo de adultos que cada comunidad requería.

Hoy en día no se proponen modelos sino indicaciones de cómo ser padre o

madre a través de manuales, cartillas y cursillos; el problema es que las prácticas no se pueden institucionalizar a partir de un discurso abstracto. Por eso es frecuente que encontremos contradicción entre lo que se repite verbalmente, un discurso prestado, no interiorizado, y lo que se hace. Las costumbres no se forjan a partir de discursos prestados. Aristóteles decía que la ética es cuestión de costumbre; y conjugando el carácter con la costumbre, señalaba que el carácter es adquirido mediante la práctica. Por eso para él lo fundamental en la ética es que uno se acostumbre a actuar de cierta manera, no que copie o repita lo que no entiende. Y ésto no se adquiere con discursos, ni cartillas.

- Quizá es aquí donde enlaza mi conferencia de hoy con el tema del Foro: en cuestiones de crianza se aprende observando.

En primer lugar, nosotros los educadores y psicólogos tenemos que observar a quienes saben hacer las cosas bien para modelar el carácter de los niños, para desarrollar sus diversas inteligencias y para volverlos sensibles al bien común. Debemos observar cómo las personas que saben de crianza – y en esto incluyo tanto a padres modernos como tradicionales - acoplan su conducta a la del niño; no aplican recetas sino que coordinan lo que saben a lo que hace el niño y a lo que se quiere lograr de él, no en el momento sino a largo plazo.

- En segundo lugar, si queremos que las madres y padres de familia aprendan nuevas formas de trato y relación con sus niños tendremos que crear condiciones para que puedan aprenderlo observando y participando en las prácticas que maestras jardineras y madres comunitarias, que han recibido una formación especial, realizan en los hogares comunitarios y los jardines infantiles.

Qué se requiere para lograr observar bien?

1. Tener buenos “lentes” que nos permitan ver algo que cotidianamente no logramos ver. No vemos aquello con lo que estamos tan familiarizados que nos resulta como el agua para el pez; él está en ella y no la percibe. Qué veamos en los niños o en sus padres depende de qué ideas logremos cambiar en nuestra manera de pensarlos. Las ideas que sostenemos sobre el desarrollo infantil o sobre las relaciones de crianza nos permiten o nos impiden ver. Las conductas, las ideas y los sentimientos de las personas se vuelven más visibles si dejamos de interpretarlas como habitualmente lo hemos hecho.

2. Suspender el juicio crítico: Cuando juzgamos lo que las personas hacen o dicen y nos parece errado no podemos observarlo bien pues estamos viendo por qué nos parece errado pero no estamos viendo ni apreciando qué significa esa conducta para esa persona

Qué nos enseña la etnografía sobre observación:

*Hacer observación participante. Esta exige lograr ser aceptado en el mundo del otro y participar de sus actividades, respetando sus ritmos de vida, sus niveles de intimidad y de sociabilidad. Si se es partícipe de las actividades diarias, de las festividades, de los momentos dolorosos y de los gozosos se propicia una comunicación más honda y verdadera. Al participar en los actos y sentimientos del otro, la comunicación se da porque se logra algún nivel de identificación y de confianza mutua. Mientras el otro sienta que lo observamos sin respetar sus actuaciones ni sus sentimientos, nuestra observación no será válida, pues el otro no nos dejará ver ni nos contará lo que verdaderamente le importa y es su verdad. Es necesario ganarse la confianza con veracidad y respeto, no con engaño.

*Observar conductas en el contexto : la casa, el solar, las calles o parques del barrio, el lugar de encuentro en la vereda. Esto permite entender por qué las personas hacen lo que hacen, seguir en detalle cómo piensan, cómo actúan y descubrir el significado que sus actos tienen para ellos y no el que a nosotros nos parece. No se deben hacer observaciones en tareas o actividades impuestas por nosotros y que no tienen sentido para la persona, sino en las tareas habituales en su vida diaria, buscando comprender el sentido que tienen para ella y para su comunidad.

*Observar conductas espontáneas. No crear tareas artificiales para evaluar cómo el otro las cumple, sino evaluar a partir de lo que son sus actividades cotidianas reales. Por ejemplo, observar cómo se relaciona la madre con el niño en la cotidianidad, no en una tarea artificial que ella no domina o que la hace sentir insegura. No forzar a una persona a hablar de algo para lo que aún no se siente confianza de abordar.

* Desprenderse de una posición etnocéntrica. Aceptar que las diferencias en las conductas o sistemas de creencias de las personas con las nuestras no significa que las nuestras sean mejores y que ellos deban cambiarlas por las nuestras.